

Lo siento, se cayó el sistema...

JOSÉ ROBERTO SARAVIA

Don Jesús iba caminando por la calle, con su mano derecha sujetando su muñeca izquierda tras su espalda. La lluvia amenazaba con llegar en cualquier momento, pero él iba a paso muy lento. En realidad, a sus setenta y nueve años, esa era su velocidad máxima... también su velocidad mínima. De hecho, ese paso tranquilo y pausado era su única velocidad... su única velocidad no sólo para caminar, sino también para comer y para hablar.

Se había levantado a las cuatro y media de la mañana, había tomado una ducha, había desayunado un vaso de café con pan, gallo pinto y natilla. A las cinco y media, se encontraba en la Biblioteca Isidro Díaz, en Zapote, con el fin de rendir su declaración sobre sus bienes inmuebles. Había pasado prácticamente toda la mañana en ese lugar ya que el procedimiento había sido increíblemente lento. Cuando por fin salió de la oficina donde declaró la información necesaria para el ajuste en sus impuestos territoriales, le brindó una sonrisa cálida a los otros ciudadanos que habían llegado después de él y se hallaban formados en fila esperando.

“Tardan tanto porque están pasando todo a las computadoras”, les explicó para luego despedirse cortésmente

y caminar rumbo a su hogar, en una calle muy cercana al redondel de toros.

Don Jesús había sido albañil por cincuenta años. Su historia laboral no contemplaba el uso de esas misteriosas y mágicas cajas electrónicas que en la actualidad dominaban todos los aspectos de la vida. Empezó a trabajar a los diez años —en esos días, los niños como él no pensaban en sus derechos, sino en crecer pronto para poder ayudar con el sustento a sus familias— y se había retirado cuando el peso de sus sesenta años no le permitió más esforzar su ya fatigado cuerpo. Con sus ahorros, logró comprar su vivienda. También había brindado cuidado y educación a sus dos hijos. Todos los días había salido a trabajar sin vacaciones y nunca había necesitado una computadora.

Sin embargo, le parecía que ahora las cosas eran muy diferentes. Todo el mundo usaba esos aparatos que él ni siquiera sabía cómo encender. Habían llegado de la nada y, en un par de años, las computadoras habían tomado el control de todo... absolutamente todo.

Él las había visto nacer. Las había observado proliferar por doquier hasta acaparar la atención de grandes y pequeños. En ese momento lo alcanzó una revelación curiosa sobre dichas máquinas. “¡Mirá! ¡Si las computadoras son

lo contrario a las personas: en lugar de nacer pequeñas y crecer con el tiempo, nacieron grandes y más bien se van haciendo chiquitillas!”.

Sonrió para sí mismo. Con su esposa fallecida y sus hijos ya casados, no contaba con nadie para compartir su nueva revelación cuando llegara a su hogar. Tal vez se la podría compartir a don Luis, el farmacéutico, o a doña Jimena, la dueña de la pulpería. No obstante, otra revelación lo sacudió. Tanto don Luis como doña Jimena eran historia. Ni siquiera sus locales se encontraban ahora donde él solía verlos cada día. De hecho, la pulpería era ahora un mini súper atendido por una jovencita que siempre estaba rumiando su goma de mascar y enviando mensajes por esos curiosos teléfonos nuevos... los que ya ni siquiera tienen cable ni bocina y caben en el bolsillo.

“Son como los hermanitos menores de las computadoras”, pensó entretenido el anciano mientras sin prisa daba vuelta a la esquina, a cinco cuadras de su casa.

Aunque las computadoras habían literalmente puesto todo el mundo cabeza abajo, el hombre, entrado en años y paciente como los árboles de San Marcos, su pueblo natal, no les guardaba rencor alguno. De hecho, le parecían divertidos todos los nuevos problemas que esas máquinas tan complejas habían agregado a la existencia humana. Un día, años atrás, mientras se encontraba en un banco tratando de depositar —a la manera antigua— dinero en su cuenta, los cajeros súbitamente parecieron contrariados. Los clientes los miraron ansiosos, con una expresión en la que el anciano pudo leer cómo ellos anticipaban una catástrofe.

“Lo siento, se cayó el sistema”, escuchó a los cajeros decir uno a uno. Inmediatamente, los clientes reaccionaron con impaciencia y enojo. Recordó que ese día él se había limitado a pensar: “¡Si se cayó el sistema, pues que lo junten!”, y había reído para sus adentros. ¿Qué habría sucedido si se le hubiese ocurrido expresar su sugerencia en voz alta? ¿Se habría reído la gente con él? ¿Se habrían enojado más bien? La verdad, no había puesto atención a dichas interrogantes.

Ese día, mientras esperaban a que el sistema se restaurara, otro cliente le explicó el significado de aquella curiosa frase sobre el sistema que se caía. Se trataba una vez más de las computadoras. Ese día vio a las computadoras como bebés que apenas estaban aprendiendo a caminar; por eso, se caía el sistema. “Cuando los bebés intentan caminar y se caen, las personas lo celebran y aplauden. En cambio, las pobres computadoras se llevan la cólera y la impaciencia de todos cuando son ellas las que se caen”, pensó en esa ocasión.

“Igual que los bebés, ya llegará el día en que caminen y hasta corran sin caerse”, murmuró al cruzar un semáforo a tres cuadras de su hogar. Se le ocurrió que cuando ese día llegase, probablemente las dimensiones de esas máquinas prodigiosas serían más pequeñas que las de “los teléfonos de ahora”, como los llamaba él. ¿Cómo sería el mundo para entonces? Pensó que tal vez los autos, aviones y trenes las usarían para moverse por ellos mismos, sin conductores ni pilotos. “¿O eso ya estará pasando?”, se preguntó.

Tal vez las casas poseerían una computadora como cerebro y le prepararían el desayuno a la gente. “Imposible... ¿Cómo van a chorrear la natilla en el gallo pinto?”, se corrigió.

¿Y qué tal si se volvían tan, pero tan pequeñas que, en lugar de pastillas, la gente tomara computadoras para curarse? Se detuvo asombrado. Podrían las computadoras ir dentro de una pastilla para curar el reumatismo, la artritis o los problemas del corazón? Contuvo el aliento. ¿Y si más que sólo curar enfermedades, las computadoras en las pastillas pudieran devolver el vigor y la juventud a cuerpos desgastados como el suyo? Meditó por un instante más largo. Su caminata había sido larga y pesada, por lo que ahora se sentía cansado. Le faltaban dos cuadras para llegar a su hogar.

¿Y si esas poderosas computadoras, tal vez para entonces tan diminutas que el ojo no sería capaz de verlas, pudiesen prolongar la vida de la gente por diez, veinte, cincuenta o cien años?

¿Y si pudiesen prolongar la vida *indefinidamente*? ¡Si lo hicieran, la humanidad sería como un *sistema* que avanzaría hasta límites insospechados!

Le faltaba solamente una cuadra ahora para llegar a su casa. No sabía si su pulso acelerado se debía a la caminata o a la emoción de un futuro

brillante repleto de promesas. Iba con el paso muy lento pero con la esperanza muy a prisa.

Dando vuelta a la esquina para llegar a su casa, encontró varios vecinos en la calle. También había policías y una patrulla. Doña Pilar, la vecina a tres casas de la suya lloraba desconsolada. Una de sus mejillas estaba hinchada y de sus labios rotos brotaba sangre abundantemente. Su marido la había golpeado mientras discutían y luego había huido cuando la mujer salió a la calle pidiendo ayuda. El hombre había sido “valiente” para golpearla pero no para enfrentar a la autoridad.

Una sombra de dolor se tragó los pensamientos y las esperanzas que el anciano había venido hilando en su lento viaje de regreso. El brillo del mañana desapareció bajo el oscuro manto del hoy. No podía verlos, pero ahora sentía que arrastraba un par de pesados grilletes en las piernas al acercarse a su casa.

“¡Se cayó el sistema!”, sentenció con la voz gris y marchita mientras abría la puerta.

